

# Disgresiones sobre la dirección de la cura

Gustavo Carranza

El enunciado “dirección de la cura” encierra para el psicoanálisis una afirmación a la que no podemos resultar indiferentes quienes nos autorizamos en su práctica, aquella de que la cura, la tan vapuleada cura, se cumplirá en la medida misma en que una dirección determinada, resulte sostenida en el interior del dispositivo analítico. Lo que no quiere decir que no sea posible imprimir en él otra dirección, sin duda lo es, sino que hay una, por lo tanto no cualquiera, que en tanto y en cuanto sea sostenida, producirá como saldo la curación.

Si aludo al vapuleo al que ha estado sometido dicha cuestión de la cura en psicoanálisis, es en función del equívoco al que frecuentemente ha dado lugar la aseveración de Lacan respecto a que ésta solo llegaría por añadidura, equívoco que resulta de suponerle a esa afirmación un implícito desinterés respecto a su consecución.

Si algo por el contrario se pone de manifiesto en la mencionada aseveración lacaniana, es que la cura se subordina en cuanto a su logro, de un paso sin el cual no resultaría posible de ser alcanzada. Insisto, no se trata de que el psicoanálisis desprecie la cura a expensas de algún otro fin posible, sino que tempranamente en la historia de su práctica, la experiencia freudiana testimonia de ella, se impone el hecho incontrastable de que la tan ansiada cura es subsidiaria de un franqueamiento necesario, cuyo defecto sumerge a la práctica analítica en un empatanamiento en

el que la cura se impotentiza.

Lo que así se pone de manifiesto es algo de un orden tal de lo que no sería sino que..., un "no sin" que resulta revelador de una dirección sujeta a una temporalidad y a una lógica determinadas.

De la infinidad de mojonos que señalan esa dirección en la enseñanza de Freud, constituye sin duda alguna uno privilegiado, el que se desprende de la siguiente formulación: el psicoanálisis se propone transformar el sufrimiento neurótico en infelicidad natural. Lo que así se enuncia, no dudemos, carece de parangón alguno en cualquiera de los abordajes que a lo largo de la historia se han emprendido en la cultura para tratar de intervenir eficazmente sobre el malestar que ella no ha cesado, no cesará de producir sobre su criatura, el hablanteser.

Pero, ¿en que consiste el mencionado sufrimiento neurótico?. Porque consiste, no pueden haber dudas al respecto de su consistencia.

Un irreventable, dice Lacan, refiriéndose al neurótico, capaz de soportarlo todo y aun un poco más, siempre y cuando lo haga en nombre de su Otro.

Se entenderá pues, que este sufrimiento al que caracterizamos de neurótico no alude a cualquier sufrimiento, sino a aquel que será elevado al estatuto de pasión, en la medida misma que implica el deseo del sujeto y por lo tanto a su Otro, padecimiento absolutamente eficaz para testimoniar ante él de la falta en ser que afecta al neurótico, lo que posibilita a su vez vislumbrar la función esencial de dicho sufrimiento y su consecuencia obligada, la poca disposición del neurótico a desprenderse de él, más allá de que clame por ello.

Se verá delimitarse de este modo el campo aislado por Freud en "Mas allá del principio del placer", campo en el que vocifera que el sujeto lejos está de querer su propio bien, siempre y cuando ese bien viniera a restarle consistencia a su Otro, aquel al que el neurótico ofrenda su falta en ser. Ofrenda que abre a la dimensión de una espera que tiene al ser por último término, ese ser que el Otro en su mala voluntad se niega a dar y que se le escapa a cada paso.

Si ese ser, esencia de lo irremisiblemente perdido y estatuto de lo siempre por llegar, si ese ser llegara, si el Otro se aviniera por fin a darlo, dejando de obstinarse en su negativa, entonces..., ¿ la felicidad?.

Cita Freud en *El malestar en la cultura* los siguientes versos de Heine: "Tengo la disposición más apacible que se pueda imaginar, mis deseos son: una modesta

choza, un techo de paja. Pero buena cama, buena mesa, manteca y leche bien frescas, unas flores ante la ventana, algunos árboles hermosos ante la puerta, y si el buen Dios quiere hacerme completamente feliz, me concederá la alegría de ver colgados en estos árboles a unos seis o siete de mis enemigos. Con el corazón enternecido les perdonaré antes de su muerte todas las iniquidades que me hicieron sufrir en vida”.

Puede sorprender lo que aquí se enuncia respecto a lo que faltaría respecto al logro de esa felicidad. Si Dios, si el Otro quisiera y quisiera efectivamente hacerme feliz, me concedería..., solo que no lo hace. A lo que cabría agregar, ¿y si lo concediera, si finalmente el Otro se aviniera a darme lo que le pido?, ¿entonces qué?. No habría que ser demasiado perspicaz para llegar a saberlo y vislumbrar la imposibilidad que se cierne y estructura los citados versos.

Y si decía que puede resultar ser sorprendente lo que en ellos se articula, seguramente no lo es más que lo que cualquier neurótico podría enunciar respecto a lo que le falta para ser feliz. De forma tal que no tan sorprendente, si, convengamos, explícitos.

Se podrán comprender además, las dificultades con las que se encuentran aquellos que han tenido la peregrina idea de proponerse intervenir a nivel del sufrimiento humano ofertando la felicidad.

... Afortunadamente no son de ese orden las dificultades con las que se confronta el psicoanálisis, no podrían serlo, ya que si promete algo, ese algo no es precisamente felicidad.

Es el haber conseguido aislar en el neurótico un “no me des lo que te pido, pues no es eso”, lo que viene a imprimir un giro en la dirección de la cura misma, giro que desplaza el fin inicial constituido por el alivio sintomático, que insisto, no resultara excluido de la escena pero si quedará subordinado a otra operación.

Un saber busca dar cuenta en el neurótico de su padecimiento y tanto dará cuenta como que hará a la desgracia de su ser, saber en el que se cifra lo que no se fué o se fué en exceso para el Otro, del amor que este le negó, cuando no, con el que lo atosigó, de su indiferencia o bien de su presencia continua y agobiante, contingencias todas de la relación con ese Otro, fuente de sus desvelos y de los extravíos de su ser.

Este saber, eficaz a la mortificación del sujeto, es en el cual, mas allá de las

contingencias que lo particularizan, pugna por articularse la falta en ser que lo afecta, falta en la que tanto el sujeto sostiene su diferencia, como que hace de ella el instrumento privilegiado de su relación con el Otro.

Saber formalizado y sobredeterminado desde el fantasma que lo hegemoniza, simulacro de ser que se sostiene no tanto en la densidad que aporta al sujeto, como de la sustancialidad que le confiere al Otro al que a cada unos nos toca en suerte soportar.

Lo que podría enunciarse del siguiente modo: ante lo "insoportable" para el sujeto, la propia levedad de su ser, la gravedad, la pesadez propia de la consistencia conferida a su Otro. Al fin y al cabo ¿qué mejor que la angustia, afecto por excelencia del sufrimiento neurótico para sustancializar al ser?, ¿no es ella la que posee esa extraña propiedad de que cuanto más se nos manifiesta, más reales parece venir a hacernos?, ¿qué más que ese sufrimiento puede llegar a constituirse en una buena razón de ser?.

En el momento en el cual ha comenzado a experimentar un alivio en su padecimiento, un paciente comenta perplejo: "por momentos creo preferir la "armonía" que me daba el sufrimiento, me doy cuenta que no veía un abismo en él como el que se abre ahora respecto al futuro de mi vida".

Un fecundo saber se produce allí, en el instante en el cual se vislumbra la función del sufrimiento, esa "armonía" que aporta a la relación con el Otro, saber inseparable a partir de allí de la responsabilidad que le cupo al sujeto en habérselo sabido procurar.

No resultara incongruente entonces el hecho de que si ciertamente una dirección se señala en la citada formulación freudiana: "del sufrimiento neurótico a la infelicidad natural", esa dirección, su realización misma, implica el franqueamiento, posible y necesario de lo que se interpone entre ambos, paso esencial a su transmutación misma, instancia de atravesamiento de la axiomática en la que se funda dicho sufrimiento.

Si bien he tratado de situar en este apretado recorrido las coordenadas que hacen al sufrimiento neurótico, mucho resta por decirse del par que en la fórmula de Freud resulta contrapuesta, la referida infelicidad natural.

Una lógica sobredetermina la señalada operación de transmutación que tiene lugar en la cura, lógica en la que se autoriza una ética diferencial que extrae su

exclusiva referencia del deseo y de la que se deduce la dirección misma de esa cura.

En sus tramos finales se articulan la tristeza, efecto de la caída de un saber en el que se fundó tanto la razón misma de ser del sujeto, como asimismo la consistencia de su Otro, y la alegría, producto de un nuevo saber, verdadera invención del saber, que pondrá al sujeto en disponibilidad de un goce que hasta ese instante sólo pudo padecer.